



## FERNANDO GIMÉNEZ BARRIOCANAL<sup>1</sup>

Vicesecretario para asuntos económicos  
de la Conferencia Episcopal Española.  
Presidente de la Cadena Cope

Buenos días a todos.

Señor presidente de la ACdP, Director del Congreso, Secretario, Comisión Ejecutiva, Comité Asesor, miembros de la familia de la ACdP y de sus obras; un saludo especial también a todos los voluntarios que hacen posible que se realice este Congreso; también a los patrocinadores y benefactores. Un saludo a todos los congresistas y amigos del Congreso y, por supuesto, un saludo muy cordial a todos los compañeros de la prensa.

En primer lugar, quiero agradecer a la ACdP que hayan pensado en mí para presentar el Congreso porque ni soy orador, ni soy intelectual, ni soy pensador ni tengo la talla, en absoluto, de las personas que están aquí. Me sonroja estar sentado en esta mesa.

Permítanme, por tanto, que, desde la experiencia de un católico de a pie, pueda intentar ofrecerles un testimonio personal de la importancia que creo que tiene este Congreso para los que somos católicos y también para la sociedad española.

El Congreso tiene una larga trayectoria desde que en 1999 iniciara su recorrido a lo largo de las 18 ediciones anteriores. Se han tocado temas verdaderamente trascendentales para nuestra sociedad. Quiero recordar algunos de ellos como la educación, la cultura, la libertad, todos estos temas de muy rabiosa actualidad; Europa, la política, la esperanza, la democracia, el compromiso cristiano, la familia o, en el fondo, el desafío de ser hombre. En definitiva, son los grandes temas que tienen que ver con la dimensión social y comunitaria de nuestro credo, del credo que profesamos los católicos.

Se trata, por tanto, de un Congreso relevante por sus temas, por los ponentes que acuden a la tribuna y que han acudido; políticos del máximo nivel, intelectuales, personalidades de la universidad, de la cultura, de la Iglesia; personas con un enorme compromiso social, especialmente en este Congreso lo veremos, no se lo pueden perder; por los participantes, por el

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

debate que se suscita en las sesiones y que se va a suscitar en este Congreso; y también, permítanme, por la capacidad de unir distintas sensibilidades, realidades y presencias de dentro y de fuera de la Iglesia que reflexionan juntas sobre los grandes temas interrogantes de nuestra sociedad. A veces es más difícil juntarnos a los de dentro, que hablar con los de fuera. Yo creo que el Congreso también tiene ese trabajo y creo que lo cumple fantásticamente.

Este XIX Congreso tiene como lema *La acción social de la Iglesia*. Perdamos unos instantes en reflexionar sobre este asunto, si me lo permiten, porque es lo que me han pedido que haga. Cuando hablamos de la acción social de la Iglesia encontramos a nuestro alrededor dos posturas que tienden a contaminar el sentido pleno de lo que supone la acción de la Iglesia. Por una parte, los que la desconocen y están opuestos a ella y, por otro lado, los que la absolutizan de tal manera que pierde su sentido.

Empiezo con los primeros. Desde fuera, muchas veces se exige a la Iglesia que no se meta en donde nadie le llama, que no hable de política, que no hable de economía, que no hable de relaciones sociales; porque son cosas que no entiende. La Iglesia lo que tiene que hacer es rezar y ser piadosa. Ya el papa, en la citadísima *Evangelii Gaudium*, decía: “Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos”. Yo me imagino al papa Francisco diciendo esto con cierta energía, desde luego.

Por otra parte, para algunos la fe viene a ser como un conjunto de ideas personales, unas convicciones, un modo de pensar, de entender, una especie de filosofía. Hay gente que concibe así la fe. Para otros, consiste en algo muy íntimo y personal en que el individuo se relaciona puntualmente con Dios, habla con él, incluso los domingos se pone el trajecito y acude a un momento de reflexión y de oración, pero su vida real –su trabajo, su familia, su economía– no tiene nada que ver con lo que piensa.

En el polo opuesto nos encontramos, en ocasiones, con formas de entender la acción social de la Iglesia como un agente más de compromiso social; son aquellos que entienden que sus convicciones le llevan a un compromiso; como si la Iglesia fuera una ONG más actuando en la sociedad separada, por supuesto, del mensaje del Evangelio. Como si única y exclusivamente su misión fuera el estricto compromiso social.

Pues, miren, yo ni una ni otra. El Evangelio es, ante todo, una buena noticia; una buena noticia que cambia el corazón del hombre. Dios te ama como eres, inmensamente. Decía el papa: “Jesucristo te ama. Dio su vida

para salvarte y ahora está vivo a tu lado cada día para iluminarte, para favorecerte, para liberarte”. Es un texto también de la *Evangelii Gaudium*. El cristianismo no es una filosofía ni una religión convencional. El cristianismo es un acontecimiento, es la experiencia de un Dios encarnado que sale a tu encuentro personal, al de hoy, al de esta mañana. Tú no estás solo, el hombre no está solo. Cuando el hombre recibe este anuncio y lo hace suyo y se da cuenta de que es verdad que Dios le ama intensamente, esto le cambia la vida y le inunda la felicidad de sentirse profundamente amado, como el esposo se siente por la esposa, la esposa por el esposo. Y esto le llama al amor en plenitud.

Este amor es contagioso y reclama urgentemente, al menos, dos actitudes: corresponderlo y anunciarlo. La misión principal del cristiano es el anuncio de esta buena noticia. Cuando somos portadores de algo verdaderamente importante para nuestro hijo –“Oye, se casa mi hijo”, “voy a tener un bebé”, “he aprobado la oposición” –, lo primero que hago es contarlo, contar-lo a la gente que me importa y también al que no me importa, al vecino de enfrente, porque me hace mucha ilusión.

El Evangelio es lo mismo: es compartir esa buena noticia que hemos recibido. Junto a ese anuncio, junto a ese compromiso, la experiencia de Dios, de sentirse verdaderamente querido y aceptado por Dios, reclama la donación; la donación a Dios y la donación al hombre. Porque es consuetudinario, es evidente. Si yo me he sentido amado y me he sentido rehecho, lo único que puedo hacer es intentar devolver aquello que he recibido y descubrir, precisamente en el rostro del prójimo, y muy especialmente en el más desfavorecido, en el más desvalido, en el pobre que está en el semáforo, en el enfermo, en el desahuciado, en el que nadie hace ni caso, la presencia viva de Cristo, que me llama a su encuentro. Ahí está Cristo, exactamente ahí. Y es ahí donde nace la vocación de la acción social de la Iglesia no como un compromiso altruista o de convicción, sino desde la necesidad de responder al amor de Dios.

Miren, hablar de la acción social de la Iglesia no es fácil, porque en España hay cerca de 40.000 instituciones.

¿Qué es lo que hace la Iglesia por la sociedad? Desde hace varios años, la Conferencia Episcopal viene elaborando una amplia memoria del impacto de la actividad de la Iglesia en la sociedad española. Es un estudio que ustedes lo pueden conocer, lo pueden ver en la web [transparenciaconferenciaiepiscopal.es](http://transparenciaconferenciaiepiscopal.es), y creo que ilumina o aproxima de una manera adecuada lo que supone la presencia de la Iglesia, es decir, de todos nosotros, en la sociedad y su aportación a la misma.

La fe tiene una dimensión social evidente. El mismo anuncio de la buena noticia: en España, los 19.000 sacerdotes, los 50.000 religiosos, los más de 100.000 catequistas y los millones de cristianos que intentamos cada día, torpemente, anunciar, tanto en España como fuera de España. La presencia de 13.000 misioneros españoles en los cinco continentes ofrece al hombre de hoy, pero también a la sociedad, un mensaje que encierra un conjunto de valores evangélicos que construyen una sociedad más justa. Búsqueda de la verdad, la solidaridad, la gratuidad, la generosidad... Estos valores insertos en la sociedad española han tenido mucho que ver, por ejemplo, en la forma en la que España ha respondido a los retos tan duros de la crisis económica. El arraigo familiar, el apoyo de padres a hijos... Los familiares han constituido un hecho determinante y discriminante frente a otros países de cómo se ha solventado la crisis económica en España. Y ahí también la Iglesia ha contribuido a la sociedad.

Contribución a la sociedad es la labor educativa, los 2.447 centros de la Iglesia, el billón y medio de alumnos, las quince universidades (algunas de esta institución) con 86.000 alumnos, donde se aporta calidad, formación en valores y generación de capital humano. Contribución es la que la Iglesia presenta a la cultura con más de 3.000 bienes, 3.100 bienes de interés cultural que la Iglesia tiende, conserva, pone a disposición de toda la sociedad para su enriquecimiento cultural, para su crecimiento como personas y también para el crecimiento económico, por qué no decirlo.

Pero, sin duda, la acción social de la Iglesia se concreta en lo que se vienen denominando las periferias existenciales. Aquellos ámbitos de la sociedad más desprotegidos, aquellos donde se hace presente de manera más clara el rostro sufriente de Cristo. Nos referimos a los ancianos, a los que están solos, a los excluidos por causa de la pobreza, de la marginación, de su raza, a las mujeres y los niños abandonados y explotados, las víctimas del paro, a los enfermos, a los presos, a los discapacitados, a los que no tienen a nadie que les defienda, a los no nacidos, a los que sufren la violencia cada día. Y ahí es donde la Iglesia desarrolla una enorme contribución social.

Déjenme que ponga algunos ejemplos: la Iglesia, es decir, todos nosotros, está con las personas solas que son atendidas, entre otras, por las 11.396 parroquias rurales que hay en España donde, probablemente, el único agente social que hay es el cura, normalmente mayor, que ayuda a bien estar y a bien morir a mucha gente. La Iglesia está con los presos: 170 capellanes y más de 2.500 voluntarios atienden a una población reclusa en España de más de 60.000 personas en tareas sociales, de previsión, de reinserción... por supuesto, también religiosas y jurídicas. La Iglesia está con los enfermos,

con más de 2.700 parroquias involucradas en esta labor pastoral, con más de 800 voluntarios en hospitales acompañando a más de 140.000 personas, o los cerca de 18.000 voluntarios de las parroquias que vamos a las casas a escuchar a la gente, a acompañarles, a llevarles la comunión y a llevarles un poco de alegría. La Iglesia está con los ancianos y discapacitados, con más de 773 casas donde se albergan 81.000 personas. La Iglesia está con los parados, colaborando en más de 300 centros de ayuda y ayudando a reinsertarse a más de 95.000 parados. La Iglesia está con los que sufren la adicción a las drogas, con 88 centros y más de 22.000 chavales con nombre y apellidos que han sido ayudados. O con los niños en riesgo, con los niños sin tutela familiar; más de 10.000 menores que son atendidos en 158 centros. O con las mujeres también en riesgo, víctimas de violencia o de explotación; más de 114 centros y 25.000 mujeres atendidas cada año en ellos; o con los inmigrantes, tanto se nos llena la boca de hablar de inmigrantes y de darles la bienvenida... y está fenomenal, pero hay más de 175.000 inmigrantes que cada año son acogidos y recibidos en los más de 200 centros de titularidad eclesial; o en la defensa de la vida y de la familia creando centros de ayuda, de protección de la familia, de acompañamiento, de orientación familiar, de pelea por la familia, por los hijos, por donde pasan más de 100.000 personas cada día; y, en definitiva, con los más pobres, con los que no tienen casa; con los que no tienen dónde comer; más de 6.200 centros de distintas realidades.

Yo estoy hablando de realidades, no estoy hablando de las diócesis, no estoy hablando de la jerarquía. Estoy hablando de distintas iniciativas que tienen los católicos de hoy en día, donde más de 2.800.000 personas todavía reciben un poco de comida, un poco de dignidad, un poco de lo que somos, de personas.

Este Congreso va a ser una oportunidad para reflexionar sobre todo esto. Y por eso el Congreso empieza con *El cristiano en salida hacia el más necesitado*, con testimonios concretos de vida en favor de los demás; analizando el papel de la Iglesia al servicio de las personas como constructores de justicia y de paz y en el marco de la profesión de cada uno, porque todos tenemos muchas cosas que aportar, y todo esto lo veremos probablemente el viernes. También el Congreso va a entrar en el análisis de estas periferias existenciales de las que nos habla el papa y que han estado ahí; “a los pobres siempre los tendréis”, dijo el mismo Cristo. Y de todos aquellos que requieren, hoy más que nunca, el anuncio de la buena noticia acompañada de la dimensión social que nace de la conciencia de ser hijos de un mismo padre, de la dignidad de hijos de Dios; todos iguales por ser hijos de Dios. Nuestra obligación como católicos nace de las palabras de Cristo a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”.

El Congreso, como habéis visto, el sábado también debatirá sobre este tema de la acción social de la Iglesia y cómo esta se concreta en cosas concretas, en testimonios concretos, en acciones concretas.

En definitiva, como veremos también el último día, la caridad de Cristo nos urge. Nos pone en movimiento. Ese amor, esa llama que nosotros hemos recibido del mismo Cristo encarnado, es el que a mí me tiene que animar cada día para ponerme en camino. Este es el gran objetivo del Congreso. Yo estoy seguro de que el mismo va a ser una gran oportunidad, junto con el Congreso Juvenil, con el Congreso Infantil, de reflexionar, de compartir, de poner en común ideas y testimonios y, sobre todo, de actualizar cuál es nuestra misión como católicos en el ámbito social. En definitiva, no se lo pueden perder.

Muchas gracias.

[Aplausos].

Carlos Romero Caramelo - Muchas gracias, Fernando.

Ya han visto que no ha sido una conferencia o una ponencia académica al uso, sino más que nada testimonial, que es lo que pretendemos en este Congreso. Este Congreso comienza su camino al día siguiente de que finalice el anterior, y ese camino lo va dirigiendo con maestría su director, que es Rafael Ortega, que ahora nos cuenta cómo va.

Rafael Ortega Benito - Muchas gracias, Presidente. Muchas gracias, Fernando, por la presentación del Congreso. Te lo agradecemos sinceramente. Como hombre de radio, has ido a lo concreto y te lo agradezco porque yo también soy hombre de radio, como sabes.

Cuando nos planteamos hacer este Congreso, *La acción social de la Iglesia*, pensamos que, como dice el papa Francisco (yo soy muy del papa Francisco, lo confieso): “una Iglesia sin caridad no existe”. Y estas palabras son las que nos han animado a hacer este Congreso, que ha sido desgranado ya por Fernando Jiménez Barriocanal. Queremos y debemos hablar de la acción social de la Iglesia en todos los campos porque, en este momento, como saben o como sabéis, están sucediendo cosas muy graves en nuestro país y en el mundo, donde no solamente el laicismo campa a sus anchas en muchos sitios, sino que también la amenaza terrorista se cierne en muchísimos lugares, y tenemos el ejemplo de muchísimos mártires que están ahora sufriendo el martirio (valga la redundancia) en algunos lugares del mundo. Volviendo a palabras del papa Francisco en un discurso, para mí magistral, que pronunció el pasado 16 de octubre ante la asamblea de la FAO en Roma. El Papa

decía: “Prestemos oído al grito de tantos hermanos nuestros marginados y excluidos. Tengo hambre, soy extranjero, estoy desnudo, enfermo, recluso en un campo de refugiados. Es una petición de justicia, no una súplica o una llamada de emergencia”. A todo esto vamos a hacer frente en el Congreso. Todo esto lo vamos a ver con testimonios, con palabras, con conferencias marco, y esperemos que puedan asistir todos ustedes y, sobre todo, que este Congreso llegue a toda la sociedad española.

Muchísimas gracias.

[Aplausos].

Carlos Romero Caramelo - Tienen todos, o casi todos, el programa del Congreso. Ahí pueden o podéis ver que hay de todo un poco. Tenemos periodistas, médicos, abogados, un marino, no sé, presidentes de grandes instituciones, modestos voluntarios, algún sacerdote, alguna religiosa, algún profesor o profesora... En fin, yo creo que es, o será si Dios quiere, un Congreso redondo; sobre todo, y muy especialmente, por el testimonio que nos darán sus ponentes y componentes de mesas redondas. Así que yo les invito, os invito encarecida y vehementemente, a la asistencia a partir del viernes día 17, a las cuatro y media de la tarde, en nuestro campus de Montepíncipe.

Muchas gracias. Que Dios os bendiga.

[Aplausos].